

**NUEVA LÍNEA DE DEFENSA URBANA**  
LA LUCHA CONTRA LA DELINCUENCIA EN LA CIUDAD  
NUEVA YORK

**Agustín Hochschild**

La delincuencia está disminuyendo en los Estados Unidos. La caída en la tasa de criminalidad ha sido imputada a diversos factores, siendo uno de los más importantes el término de la recesión de los años 80. La ciudad de Nueva York, que por sí sola ha contribuido al 50 por ciento del total de ese descenso, atribuye el éxito que ha alcanzado en esta materia a la aplicación de una nueva y controvertida estrategia. El autor de estas páginas, quien fuera asaltado en Nueva York a comienzos de 1995, vuelve a esa ciudad a fines del mismo año e indaga acerca de este nuevo enfoque para combatir el crimen.

**L**a vez anterior que estuve en esta ciudad me golpearon hasta que perdí la conciencia. Al día siguiente, el teléfono no dejó de sonar con llamados de amigos que me preguntaban por mis lesiones y lamentaban lo que me había sucedido: “Es terrible. Estas cosas ya no pasan en Nueva York. Tuviste mala suerte”.

---

AGUSTÍN HOCHSCHILD. Estudió en Suiza, Inglaterra y en la Universidad de Dublín (Trinity College). B. A y M. A. en Historia Medieval, Universidad de Dublín. Colaborador del *El Mercurio* y otras publicaciones.

Todavía no entiendo bien lo que ocurrió. Terminé de comer temprano en SoHo y, a pesar del frío de febrero, opté por hacer a pie una parte, al menos, del camino de regreso. Comprendí que por motivos de seguridad no debía alejarme de las calles más concurridas. Tras sólo algunas cuadras, sin embargo, me encontraba ya en un laberinto de avenidas oscuras y estrechas, entre edificios antiguos.

De inmediato volví atrás hacia aquellas calles jalonadas de bares y restaurantes, y a poco andar divisé las luces de neón, incluso a un grupo de tres personas que caminaban hacia mí. Ocupaban toda la vereda y, para evitarlas, bajé a la calzada. Más adelante pasó un taxi y pensé que debía tomar uno.

Sentí un suave golpe en el hombro. Al volverme, me encontré cara a cara con uno de los tres a quienes acababa de pasar. Los otros dos se quedaron un poco más atrás, marcando el paso para entrar en calor. Eran blancos, vestidos a la moda y entre todos no podían reunir más de 36 años en total.

El que me había detenido pidió disculpas por hacerlo: “Señor, ¿puede darnos una mano?”. “Claro, ¿qué se les ofrece?” —respondí. “No nos gusta pedir, pero ¿podría darnos algo de dinero?” Estábamos a menos de cien metros de aquellas calles atestadas y de la seguridad que brinda la multitud. Con todo, en lugar de huir presa de un pánico tal vez innecesario, pensé que la petición podría ser bastante inocua.

Del bolsillo del abrigo saqué un billete de 20 dólares y lo pasé, con una sonrisa nerviosa. Los otros dos avanzaron y se colocaron en semicírculo detrás de mí. Todos miraron mi “donación” y, habiendo tomado una idéntica decisión telepática, el vocero repitió su primera exigencia, aunque esta vez sin la cortesía anterior: “¡Vamos, hombre! ¡Seguro que tienes más!”.

Aunque se hubiesen encaramado uno sobre otro, apenas hubieran sido más altos que yo, pero abandoné rápidamente toda idea de resistir y obedecí sin chistar; vacié mis bolsillos y entregué el total de mis haberes, esto es, unos 60 dólares en billetes arrugados y un encendedor de plata.

Desde ese momento tengo la memoria en blanco. En vista de la evidencia posterior de lesiones graves— conmoción cerebral, tres costillas trizadas y la nariz quebrada en siete partes—, sólo puedo suponer que, como no resulté buena presa en lo financiero, los tres opinaron que merecían un botín de sangre.

Mi próximo recuerdo es el de sentir que me levantaban del pavimento, me cargaban en una patrullera y me llevaban a toda velocidad al Hospital de San Vicente, en Manhattan Este. Al llegar al servicio de urgencia me pusieron a la cabeza de la larga fila de las víctimas de aquella noche.

Junto a mí había un afroamericano gigantesco. Lo rodeaban seis policías de aspecto cansado, pero amenazante, quienes luego le esposaron las manos a la espalda. Sangraba en abundancia de una herida de bala de pequeño calibre que le había traspasado ambas mejillas, llevándose buena parte del contenido de la boca.

A la mañana siguiente, me convencí de que había tenido mucha suerte. Presentaba lesiones de la piel, pero ninguna otra herida de gravedad. No hubo cuchillos ni, como en el caso de mi vecino de hospital, armas de fuego.

Respecto al hecho del asalto mismo, no me quedó otra que encojermelo de hombros. Había tenido el descuido de alejarme de la calle principal y, por tanto, debía atenerme a las consecuencias. En definitiva, no era sino otra estadística criminal en esta versión auténtica de Gotham City.

Pero aquí es, precisamente, donde me equivoco. Nueva York, con sus desvencijados trenes subterráneos, sus vitrinas enrejadas, sus calles y aceras agujereadas, bien podría constituir el punto culminante de la delincuencia urbana; sin embargo, esta visión ya no tiene validez. Ha habido grandes cambios y hoy, de pronto, Nueva York es una ciudad segura.

Esto es lo que mis amigos hubiesen querido que yo creyera aquella mañana de contusiones y fracturas: que “estas cosas ya no pasan.” Para mí está claro que sí pasan. Me insisten, no obstante, que al menos esos ataques no ocurren en la misma escala que antes y que debo corregir mi impresión de aquellas calles oscuras y escabrosas.

A mi regreso a casa y durante un par de semanas, me bombardearon con recortes de prensa, con el objeto de demostrarme que yo era la excepción y que la ciudad había bajado a la mitad su recuento criminal. Los guarismos impresionan. Desde 1993, los delitos graves han disminuido en un 27,1%; el homicidio, por ejemplo, ha bajado en un 37,3%.

En lo que va corrido del año 1995, hasta el momento de esta mi segunda y última visita en el mes de noviembre, la situación incluso ha mejorado: el total de delitos graves informados se ha reducido en un 27%, lo que, desglosado, significa que el asesinato ha caído en otro 27% más, el robo a mano armada en un 31%, el robo de automóviles en un 21.9%, y el asalto, esto es, lo que me ocurrió a mí, en febrero, en un 10.6%.

El resultado de estas cifras, en cuanto a la disminución de la cantidad de ataúdes y del costo general en vidas humanas, es todavía más asombroso. Cada mes, en promedio, conservan la vida 44 personas más que el mes anterior. El descenso de 30% en los delitos a mano armada significa que, en los seis últimos seis meses, cada día cuatro personas menos han recibido disparos, y aun en aquellos anticuados trenes subterráneos que transportan

diariamente un total estimado de 3,5 millones de ciudadanos, los incidentes diariamente informados no llegan a 20.

Es un logro asombroso. También es algo que me hace sentir mucho mejor, puesto que, ahora que mis ojos hinchados han sanado, me encuentro otra vez en Nueva York. Tengo encargo de averiguar cómo el triunvirato del orden, compuesto por el alcalde Giuliani, el comisionado de policía Bratton y el subcomisionado Maple, ha logrado este cambio.

En esencia, esto significa recorrer algunos de los barrios más asolados, o ex asolados, por el crimen. Pero antes de lanzarme por estas avenidas menos turísticas, tengo que entender la teoría principal, muy controvertida, en la cual descansa este éxito sin paralelo.

En un artículo del *New York Magazine*, publicado recientemente, su autor, Craig Horowitz, resume la nueva regla empírica como sigue: “el delito lo causan los delinquentes”; fin de la historia. Lo dicho tal vez no parezca novedoso, menos aún causa de conmoción, pero se contrapone a todo el pensamiento tradicional respecto a los motivos del crimen y sus soluciones.

La premisa fundamental del saber convencional acerca de la delincuencia es que no se trata de una actividad voluntaria y que, en el fondo, es impulsada por la degradación social y económica. Giuliani se opuso con tenacidad a esta tesis. Horowitz cita una observación del alcalde, en el sentido de que “nunca se ha comprobado una conexión entre la delincuencia y el estado de la economía [...], no hay correlación entre crimen y desempleo. Miren la Gran Depresión. Fue una de las épocas más seguras de la historia de este país”.

La interpretación de la historia que hace el alcalde adolece de presbicia, pues la última recesión fue una de las épocas más violentas del país. No obstante, lo que el triunvirato afirma es que, en lo básico, el enfoque tradicional está equivocado. No sólo es ineficaz, sino que, mucho peor aún, contribuyó activamente a la violencia urbana del pasado.

George Kelling, destacado criminólogo y mentor de los “zares” del orden, explica la falla ideológica esencial en que se apoya el enfoque tradicional: “quienes dicen que para poder hacer algo por la delincuencia tenemos que resolver primero los problemas de injusticia social, no dejan esperanza alguna a la gente que vive en condiciones difíciles”. Por tanto, la sociedad entrega un mensaje paradójico y en alto grado destructivo, en particular a los barrios más pobres y abatidos por la delincuencia.

La segunda paradoja que encierra el enfoque tradicional es que las personas a quienes la sociedad encarga combatir la delincuencia quedan marginadas. Desde el punto de vista ideológico, si la criminalidad es conse-

cuencia del desorden económico, social, e incluso tal vez médico, entonces no compete a la policía corregirla. Por tanto, en lugar de controlar la delincuencia y combatirla en su origen, la policía queda relegada a la función secundaria y pacífica de procurar contenerla.

En la práctica, la policía fue arrastrada a la impotencia. Dada la realidad de un presupuesto estrecho y un personal escaso, tuvo que tornarse selectiva, concentrándose sólo en los crímenes más horribles, y aun así sólo después de cometidos. Cada vez más, la policía quedó encerrada en sus patrulleras. Lo absurdo de esta situación quedó de manifiesto cuando, en los sectores donde realmente se necesitaba su presencia, se sostuvo que ni siquiera las unidades móviles debían asomarse, por temor a que ello incitara más desorden.

A los señores Giuliani, Bratton y Maple les quedó claro lo que había que hacer. Si se trataba de procurar que el ciclo de violencia retrocediera, había que cambiar el mensaje que se enviaba a la sociedad, en particular a aquellos sectores que vivían en las condiciones más difíciles, y a la policía había que restituirla a una posición en la que pudiera ejercer auténticamente su labor.

En procura de este fin, el triunvirato se inspiró en un artículo que su mentor, Kelling, y su colega, George Wilson, escribieron allá por 1982, titulado “Ventanas rotas”. Para comprobar si este controvertido alejamiento de la tradición y las prácticas que se proponen en el artículo han dado resultado, tengo que visitar esas avenidas menos turísticas.

La oficina del Subcomisionado me entregó una lista de los distritos que antiguamente habían sido excepcionalmente malos y que hoy se lucen en las estadísticas. Cotejé esa información con los taxistas, a quienes pregunté: ¿a qué lugares de esta ciudad se negaría usted rotundamente a llevarme?

Tal es la confianza de la oficina del Subcomisionado y el pesimismo de los choferes de taxi que ambos llegaron casi de inmediato a la misma conclusión. El cercano sector de la calle 181 en Harlem es bastante peligroso, pero el modelo de constante pesadilla es el distrito 46, en la avenida Ryer 2120, en el Bronx.

A la vuelta de la esquina del Museo Metropolitano, en el lado oriente de Manhattan, hago parar a un taxi. Doy las dos direcciones y le pregunto al conductor si estaría dispuesto a esperarme en mi primer destino en Harlem; vuelve la cabeza y dice: “Lo siento, señor, pero yo no voy hasta Ryer. ¿De veras quiere ir a Harlem?”. “Sí, por favor” —respondí.

Al cruzar el East River, a ambos lados la vista se interrumpe con las pesadas vigas de hierro del puente. Adelante, el perfil oscuro del Bronx se

compone de una masa densa de sucios rascacielos en miniatura, pero una vez que salimos al Grand Concourse, que es la arteria central del sector, no todo se ve tan deprimente.

Cosa extraña, está limpio. Este barrio tenía fama de ser uno de los peores de toda la ciudad. Yo contaba con ver calles sórdidas y decadentes, paredes garabateadas, ventanas rotas, montones de basura y cascos de automóviles incendiados. Esperaba ver prostitutas con sus cafishes en cada esquina, distribuidores y promotores de drogas recostados en los umbrales de puertas abiertas.

En gran parte, los *graffiti* han sido borrados, la basura se recoge a su hora y las ventanas rotas están reparadas. La gente se arremolina con confianza, hace sus compras, entra o sale de los locales hispanizados de comida rápida (pollo frito, en general). Lo único que calza con mis ideas preconcebidas es la comisaría.

En alguna época pudo haber sido una elegante casa de ladrillo rojo. Hoy es una fortaleza, las ventanas con barrotos y rejillas. Hay cámaras de VCR y focos luminosos montados en postes altos, fuera de alcance. Un cerco de alambre filudo circunda el perímetro del patio exterior. Adentro, me conducen a una sala de interrogatorio y me presentan a un oficial con diez años de servicio, Pokenny Leonas, placa número 190104.

“Llámame Pat” —y mi anfitrión me tiende la mano. Viste un elegante uniforme negro cargado de medallas que dan testimonio de su buen servicio. A los pocos minutos de saludarnos, me cuenta algunas de sus cerca de mil detenciones y su intenso deseo de ingresar a la división de narcóticos. Lo traigo de vuelta al tema de las detenciones: “Lo veo todo bastante limpio. Supongo que eso tiene que ver con el hecho de que la delincuencia ha disminuido. ¿Quiere decir que hoy en día hay más detenciones o menos?” “Menos detenciones, quizás, pero más amonestaciones. Principalmente, perseguimos los delitos contra la calidad de vida” —responde. Ya vi las pruebas de esto en el trayecto hasta aquí; se trata de la estrategia central que se propone en el artículo “Ventanas rotas”. Kelling y Wilson sostienen que el primer paso para reintroducir algún grado de orden en estos barrios es el de concentrarse en restablecer en la comunidad las normas básicas de vida.

Esto quiere decir que en lugar de dedicarse a los crímenes más graves, la policía tiene que controlar los delitos menores, desde la borracheras en los lugares públicos hasta, por ejemplo, la contaminación acústica y la basura en las calles. La delincuencia se había impuesto hasta tal punto que dar la vuelta a la manzana de noche era peligroso. Si la policía no era capaz de asegurar ni siquiera estos aspectos elementales, no es de extrañar que la

sociedad estimara que sus guardianes faltaban a su deber. Se había estado enviando el mensaje equivocado.

Era necesario redefinir las pautas de la vida cívica y para ello había que comenzar por lo básico. La falta de sanción a las infracciones y disturbios menores en la vida cotidiana conduce inevitablemente a los criminales a pensar que pueden actuar con impunidad.

“Desde que comenzamos a limpiar el barrio, calculamos que entre el 70 y el 85% de la comunidad se ha puesto de nuestro lado. Hace tres años, sin embargo, no era así” —Pat sonrío y se quita una mota de polvo del puño. Siguiendo a Kelling en lo que respecta a los problemas ideológicos que presentaba el antiguo sistema, las autoridades y la policía ahora no abandonan la esperanza de los que viven en condiciones más precarias. El nuevo mensaje es claro: “Ustedes nos importan y haremos todo lo posible para que sus vidas sean buenas y seguras”.

Pregunto a Pat cuál es el procedimiento para las infracciones menores; digamos, por ejemplo, que me sorprendan orinando en un parque, detrás de un árbol. “A la primera infracción, lo citan; a la tercera, lo arrestan” —responde. Se ha criticado a Bratton y a Maple por esta pérdida de tiempo, ya que la policía debería estar persiguiendo a los asesinos, violadores y secuestradores. Pero ellos sostienen, más allá de lo que se afirma en “Ventanas rotas”, que si se ocupan de los delitos menores, los mayores y más violentos seguirán inevitablemente el mismo camino.

Aun cuando el nuevo mensaje y la nueva política no sean suficientes para disuadir a un asaltante, combatir los “delitos contra la calidad de la vida” corrige el segundo problema del pasado, esto es, asegura una vigilancia eficaz. Los policías no sólo han recuperado un papel activo en la protección del bienestar de la comunidad, sino que deben salir de sus patrulleras y volver a las calles.

Al mantener contacto permanente con la comunidad, la policía se percata de lo que sucede y puede construir un servicio de información a nivel de la población. Una vez citado el infractor, se revisan sus antecedentes. Entre otras cosas, le preguntarán si sabe dónde puede hacerse de una pistola o de un “uzi.” La información así recogida y los resultados obtenidos han hecho que la posesión de armas de fuego haya disminuido en un 39%, lo que a su vez contribuye a la menor cantidad de asaltos y de robos a mano armada, según las estadísticas. Así, un promedio de 44 personas se salvan de la muerte cada mes.

“Tengo que irme. Mi patrulla comienza en quince minutos más” —anuncia Pat. Se pone de pie y me conduce desde la sala de interrogaciones hasta la recepción. La estación se ve más activa ahora, preparándose para la

noche. Entre la multitud de policías le pregunto a Pat: “Este cambio de actitud, en el sentido de perseguir a los infractores chicos, ¿no resulta frustrante?”. Vuelve la cabeza: “No, lo vemos como prevención. Antes sólo hacíamos detenciones. Ahora pensamos que estamos vigilando y que tenemos éxito. Además, nos disparan menos, y eso mantiene contentas a las señoras”.

Kelling amplía lo que dice Pat con la analogía del taxista que discute con un pasajero. La diferencia entre el pasado y el presente es sencilla: antes, el policía tenía que esperar hasta que la discusión derivara en pelea. Quizás saliera a luz un arma de fuego y hubiera una víctima fatal. Sólo en ese momento podía entrar en acción la policía y proceder a un arresto. Hoy, el policía detiene la discusión antes de producirse la pelea. Esta es una fuerza policial efectiva.

El compañero de Pat lo espera frente al edificio con la patrullera. Me queda una pregunta: ¿cuántos hombres se necesitan para que la acción policial sea eficaz? Pat sube al vehículo y responde: “386, eso nos parece suficiente. La idea es que donde uno mire se vea un policía, o que al menos haya uno a la vuelta de la esquina”. “¿Pero de cuántas esquinas estamos hablando?” —replico. “Unas quince manzanas, una milla cuadrada, aproximadamente. Ahora debo irme” —me responde mientras sube al auto.

Tal vez no debiera extrañarnos esta ecuación de 25,7 policías por manzana; mal que mal éste es, o era, uno de los peores barrios de la ciudad. Anochece y estoy solo en la parte norte del Bronx, enfrentado al problema de regresar al centro de Manhattan. A pesar de todo lo que he aprendido, tengo mis dudas. “Pat, ¿es de veras segura esta ciudad? ¿Puedo caminar hasta el subterráneo e incluso tomarlo?” “Claro” —sonríe y hace un gesto de despedida con la mano. La patrullera se aleja. De pronto, me siento muy solo. Emprendo la larga caminata hasta el subterráneo, con la esperanza de que mi regreso no vaya a ser una repetición de lo que me pasó la vez anterior que visité esta ciudad. □